

02-02 Segundo Dom. de Adviento – B Is.40.1-5 y 9-11 // II P.3.8-14 // Mc.1.1-8

Hoy en día, cuando uno se acerca en avión a Puerto Rico, desde arriba se ve una extensísima red de carreteras y caminos, todos asfaltados, que conectan hasta los rincones más remotos del País. Es cosa de pocas horas llegar de un extremo de la Isla al otro. – Pero cuando en el año 1871 el obispo de San Juan, Pablo Carrión, cayó gravemente enfermo y le administraron los últimos sacramentos, se envió mensajeros a todas las parroquias del País para solicitar oraciones por la salud del obispo. Sin embargo, cuando por fin la noticia llegó a la parroquia de Comerío, el obispo ya hace más de una semana había muerto y estaba enterrado, según se supo después. ¿Por qué el aviso tardó tanto en llegar? Porque en todo Puerto Rico no había más camino que el ‘Camino Real’ de San Juan a Ponce por Coamo, y desde Coamo se llegaba a Comerío sólo por veredas apenas trazadas. Además, el medio de transportación era la carreta de bueyes, lentísimos. – Cuando por fin se hizo la carretera actual entre San Juan y Comerío, lo tuvieron que abrir por la roca viva a pico y pala, - y esto en época tan reciente que yo he conocido todavía en el 1973 a un campesino que había trabajado en eso. Tener carretera adondequiera es un lujo moderno, totalmente desconocido aún en un pasado bastante reciente. – Así en la Antigüedad: no había carreteras; sólo cuando un rey quería visitar sus provincias, se mandaba delante de su caravana cuadrillas de esclavos y obreros para “allanar los cerros y rellenar los valles”: para así formar un “camino real” (es decir: Camino para el Rey).

Abrir el “Camino Real” para Cristo

En la 1ª lectura (v.1-5) el profeta nos grita la orden del Rey: “Preparad en el desierto camino para el Señor, allanad en la estepa una calzada”. Así nos manda a trabajar a ‘pico y pala’, con el sudor de la frente, para preparar la manifestación del Salvador, que ya está de camino. - Pero ¿qué significa aquí ‘camino’, y de qué manera lo preparamos? Normalmente un camino lleva desde donde estoy hacia fuera, hacia un punto a mayor o menor distancia de mí. Luego, tengo que salir de donde estoy: es un movimiento hacia fuera. Pero el camino de que hablan Isaías y Juan es un camino hacia dentro: recogernos desde la dispersión mental y afectiva sobre tantas cosas externas que monopolizan nuestra atención, y que opacan con su ruido las suaves sugerencias del Espíritu. Hay que dar un ‘viraje’ total a lo de afuera, o dar la espalda a lo que hasta ahora era mi meta: éste es el sentido original del verbo hebreo *shub* = convertirse. De ahí el llamado urgente de San Agustín: “¡Vuelve a tu corazón pues, desterrado de ti mismo, andas buscando fuera, pero lo propio tuyo no lo conoces! Búscalo todo en tu propio interior. ¡Qué tesoro tiene el hombre en su propio interior, y qué pena que no lo excava! Pues ¿qué hay de más profundo que el propio corazón humano?” (*Tr. in Joh., 18.11; 15.25; In Ps.76, 9 y 18*).

El Camino hacia Dentro

Ahora, este ‘camino hacia dentro’ también hay que abrirlo ‘con pico y pala’: hay mucha resistencia y obstáculos en nuestro propio interior. Por esto es mucho más fácil dirigir la atención hacia fuera, que escrutar el propio interior. En origen, el Adviento era precisamente esto: tiempo de toma de consciencia, en que los Cristianos se distanciaban del ruido de las orgías y festejos con que la sociedad pagana celebraba el fin del año. Símbolo elocuente de esto es la figura de San Juan Bautista, adusto, severo, cuyo estilo de vida era una protesta silenciosa pero poderosa contra una sociedad que vivía sólo para los intereses inmediatos. Eran ¡y somos! como la gente de la época de Noé: despreocupados y ciegos ante los ‘signos de los tiempos’ cuando Noé ya casi estaba terminando el Arca en que, al fin, “sólo ocho personas fueron salvados” (I P.3.20). Desgraciadamente, nuestra sociedad post-cristiana ha vuelto a esas actitudes paganas: la Navidad y las semanas antes y después son una época de orgías de compra, festejo, bebida, excesos, ruido y música que ensordecen el oído para no percibir la voz del Bautista que nos llama a preparar el camino del Señor, el camino hacia dentro. Esto es lo que él llama: la *‘metanoia’*,

es decir: el cambio radical de la mentalidad interior, la re-orientación fundamental de la vida, un examen a fondo de los motivos por qué hago o dejo de hacer ciertas cosas. San Pablo indica el criterio: “tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Fil.2.5), - o, en lenguaje moderno: “tener las mismas prioridades o preferencias” que las de Cristo.

El Cortejo del Señor, según Salmo 85

El Salmo Responsorial alude al cortejo de dignitarios que rodeaban al Rey en sus viajes por las provincias de su Reino. El Salmista, como poeta audaz, se imagina al Señor en su entrada triunfal, rodeado de un tal cortejo de dignitarios, que simbolizan las cualidades esenciales del carácter de Dios (vea la auto-descripción de Dios en Ex.34.6-7). Estos ‘dignitarios’ tienen nombres, cargados de sentido. Encabezadas por ‘Doña Gloria’, son las Damas ‘Misericordia’ y ‘Fidelidad’, ‘Justicia’ y ‘Paz’. – ‘Doña Gloria’ (en hebreo ‘*Kabod*’) es aquella irradiación deslumbrante de energía irresistible que el Señor esparce, - como lo vemos cuando Él se apodera del Tabernáculo que Moisés le ha preparado: “La Nube cubrió el Tabernáculo, y la Gloria del Señor llenó la Morada... En todas sus marchas, cuando la Nube se levantaba, los Israelitas levantaban campamento... Durante el día la Nube del Señor estaba sobre la Morada, y durante la noche había fuego a la vista de Israel” (vea Ex.40.34-38; I R.8.10-13). De por sí está tan cargada del poder de Dios, que mató al sacerdote Uzzáh cuando éste tocó el Arca (vea II Sam.6.6-8), aunque ese poder luego ‘se amansó’ en Jesús: “todos buscaban tocarlo, pues de él salía una fuerza que los curaba a todos” (vea Lc.6.19). – ‘Doña Misericordia’ (en hebreo ‘*Jésed*’) indica la relación riquísima en sentimientos y afectos que Dios, como padre amante, tiene para con nosotros, sus hijos predilectos. – ‘Doña Fidelidad’ (en hebreo ‘*Émet*’) es su sinceridad, libre de toda doblez, simulación o hipocresía. – ‘Doña Justicia’ (en hebreo ‘*Zédeq*’) simboliza mucho más que la estricta ‘justicia’; más bien es el cumplimiento generoso de las promesas gratuitas que Dios nos ha hecho en la Alianza. – Por fin, ‘Doña Paz’ (en hebreo ‘*Shalom*’) no es la mera ausencia de conflictos, sino es un ambiente general de armonía y bienandanza: “no una paz como el mundo la da”, sino la misma paz que Cristo goza en el abrazo del Padre (Jn.14.27).

El ‘Evangelio’ sobre el Cristo, - el Hijo de Dios

Antiguamente, cuando un rey iba a visitar sus dominios, enviaba delante mensajeros para anunciar su próxima venida “en los pueblos adonde él mismo pensaba ir” (Lc.10.1). Este mensaje tenía un término técnico especial: en hebreo ‘*besoráh*’, y en griego ‘*euangelion*’, o sea ‘Buena Nueva’. El mensajero mismo se llamaba ‘*euangelista*’: ésta es la palabra que en la 1ª lectura de hoy se traduce por ‘heraldo’. Originalmente Isaías se refería a sí mismo, cuando anunciaba a Israel en el Destierro que el Señor ya estaba de camino para liberarlos del cautiverio y acogerlos en su amistad (Is.40.9; vea 52.7-12). Pero ahora Juan Bautista es el ‘evangelista’ que prepara el camino para el Rey-Salvador que está por entrar en este mundo (Mc.1.1). – Sus dos títulos principales son: que es el ‘Cristo’, - y es el ‘Hijo de Dios’ (v.1). Estos dos títulos juntos salen sólo una vez más en San Marcos: aquí al comienzo del ministerio de Jesús, - y al final, ante el Sanedrín, cuando Jesús afirma que él, sí, es “el Cristo, el Hijo del Bendito”, y por esto es condenado a muerte (14.61-64). ¡Esto no es casualidad: la razón por la cual Jesús es rechazado y matado es precisamente su fundamental identidad como Salvador y como Dios: ¡esto es ‘blasfemia’!

(1) Como Salvador es ‘Cristo’ (= Ungido): Aquél cuya humanidad fue ‘ungida’ o marcada con la fuerza del Espíritu Santo para llevar a cabo la tarea de predicación y salvación que el Padre le había encomendado (vea Mc.1.10-11; Lc.4.1 y 14). - (2) Y como Hijo de Dios es Aquél que nos presenta el rostro amante y misericordioso de su Padre (vea Jn.14.7-11). Y si Jesús no hubiera sido ‘Hijo de Dios’ en sentido literal de la palabra, no habría podido hacernos partícipes de la propia naturaleza divina (II P.1. 4). De ahí la importancia crucial de lo que exclamó el centurión pagano cuando Jesús murió: “¡Este hombre era Hijo de Dios!” (15.39). Cuando Israel, por boca de su Sumo Sacerdote, rechaza a Jesús y lo condena a muerte por ser Hijo de Dios en sentido literal, ¡es el Centurión Romano quien, en representación de nosotros todos, los Gentiles paganos, confiesa a Jesús como Dios y Salvador! -